

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

**¿ POR QUÉ NO
VIVIR SIEMPRE
ALEGRES ?**

Prólogo del
Sr. Obispo de San Sebastián,
doctor Jaime Font †

5ª Edición

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

50 EAST LEXINGTON AVENUE, NEW YORK, NY 10017-2453

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

50 EAST LEXINGTON AVENUE, NEW YORK, NY 10017-2453

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

50 EAST LEXINGTON AVENUE, NEW YORK, NY 10017-2453

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

50 EAST LEXINGTON AVENUE, NEW YORK, NY 10017-2453

ISBN: 84.7770-642-5

D.L.: Gr. 5.207-2003

Impreso en España - Printed in Spain

POR VÍA DE PRÓLOGO

El nuevo libro que don Benjamín Martín Sánchez ha escrito con el título ¿POR QUÉ NO VIVIR SIEMPRE ALEGRES? habrá de ser forzosamente bien recibido y hacer entre sus lectores un bien inmenso.

No es ciertamente una obra original. Ni lo es, ni pretende serlo. El mismo autor nos dice de dónde ha sacado el néctar jugoso que él ha sabido libar en las mejores flores: la Sagrada Escritura, los Santos Padres y multitud de escritores eclesiásticos, antiguos y modernos que de propósito u ocasionalmente han escrito sobre tema tan sugestivo como la alegría.

Su labor ha sido propiamente preparar una magnífica colección de textos selectos, bien ordenados y comentados, que agotan, por decirlo así, cuanto escribir se puede sobre esta materia.

Su lectura ha sido para mí y es de suponer que lo sea para los demás— deleitosa, confortante y aleccionadora.

Todo el mundo desea vivir alegre. Mas lo que importa es poseer la verdadera alegría y poseerla en todas las circunstancias de la vida, sean prósperas o adversas.

«Vivir siempre alegres» es la mejor receta que se nos puede dar para ser felices. Y está tomada precisamente del apóstol San Pablo, de aquel que no quería poseer otra ciencia que la de Cristo crucificado, el cual nos dice: Gaudete in Domino semper, et

iterum dico gaudete. Receta, por consiguiente, que no está reñida con la piedad, ni con la mortificación, ni la santidad, antes bien, las ayuda y las refleja.

«Un santo triste es un triste santo», exclamaba, si no me equivoco, San Francisco de Sales. Y de otro Santo —San Felipe Neri— es aquella conocida frase, de gran valor ascético: «Tristeza y melancolía, fuera de la casa mía.»

Hartas veces hemos pensado en lo útil que sería escribir un libro sobre el «apostolado de la sonrisa». Y la sonrisa no es más que la expresión de la sana alegría.

Claro que no hay que confundir la sonrisa, que siempre se muestra discreta y modesta, con la risotada estrepitosa y la carcajada antipática. Aunque ni a la una ni a la otra pueda llamárselas malas, no serán, por lo común, un arma de apostolado, como lo será siempre esa sonrisa suave y apacible, formada con los pétalos de la buena educación, la caridad, la mansedumbre y, sobre todo, la gracia de Dios.

Como indico más arriba, la ciencia de vivir siempre alegre es la ciencia de vivir feliz. Por eso la lectura del libro de don Benjamín será indudablemente, para quien lo saboree, una infusión de optimismo, que le será utilísima para labrar en este mundo la felicidad, no solamente para sí, pero también para los demás.

San Sebastián, 15 de agosto de 1956.

† JAIME, Obispo, de San Sebastián.

A MIS LECTORES

Agotada hace ya bastantes años la tercera edición de este libro, que ofrece una doctrina de sugestiva y perenne actualidad, me decido a reeditarlo, debido a las muchas peticiones, para que siga haciendo el mayor bien posible a las almas.

La experiencia de los años nos da lecciones admirables. Ella nos hace reflexionar y nos enseña que por ninguna cosa de esta vida merece la pena el que nos dejemos dominar de la tristeza.

Al ver las inútiles preocupaciones y vanos afanes y devaneos de los hombres y cuán inestable es todo lo de este mundo, al igual que el «Eclesiastés», estimo que lo mejor para el hombre y lo más acertado en su breve vivir sobre la tierra es **VIVIR ALEGRES**, es decir tener la conciencia tranquila, conformarse con la voluntad de Dios, que dispone todo sabiamente, y no ocuparse más que en hacer buenas obras, o sea, sembrar alegremente el bien, que está a nuestro alcance, para así ser felices y hacer felices a cuantos nos rodean.

Todos los bienes de la tierra, como vanos y pasajeros que son, valen muy poco.

La verdadera alegría debe apoyarse no en estos bienes terrenos que pasan, sino en un bien superior, o sea, en Dios, que es el Bien Sumo, inmutable y eterno, único fundamento estable de nuestra felicidad sobre la tierra y, por tanto, en el que debemos apo-

yarnos para que ninguna contrariedad, ningún acontecimiento adverso nos haga perder la alegría y la paz que disfrutamos.

Muchos de los pensamientos que aquí aparecen, aparte de los de la Sagrada Escritura y Santos Padres de la Iglesia, los he tomado de las hojas *Paillettes d'Or*, de Monseñor Sylvain, de las cuales parece estar copiado, en su mayoría, otro pequeño libro de autor desconocido —y que se halla hoy traducido del francés por una religiosa Agustina—, titulado: *El Arte de ser feliz y de hacer felices a los demás*, del que copio también algunos pensamientos entresacados o también algunos capítulos enteros, a cuyos títulos añado las iniciales (M. S.) por estimar que son de Monseñor Sylvain.

No trato, pues, de presentar una obra plenamente crítica, sino más bien popular y con materiales que se han escrito sobre tema tan sugestivo como la alegría a que contribuyen a formar en las almas un ambiente de dicha y de paz.

Dios quiera que todos estos pensamientos sirvan para sembrar el bien en todos los lectores de estas páginas y llevar un poco de alegría y de paz a sus almas *en este valle de lágrimas*.

Este es el deseo y la finalidad que me he propuesto al escribirlas.

Zamora, 1 enero 1984.

Benjamín Martín Sánchez

VIVIR SIEMPRE ALEGRES

1. Sé alegre...

La alegría verdadera es sinónimo de felicidad, pues ella es efecto de dicha y de bienestar. El que es feliz no anhela otra cosa que hacer felices a los demás. La bondad tiende a comunicarse.

* * *

¡Ojalá que todos comprendiesen la dicha que encierra el ideal de vivir siempre alegre! Proponte tú desde ahora ir sembrando por la vida, a manos llenas, flores de bondad, de caridad, de virtud y, en una palabra, de amor, y entonces lo comprenderás.

* * *

No seas egoísta. Pasa por este mundo haciendo el bien posible a los que están a tu alrededor. Sé una sonrisa de bondad y de amor. Sé un rayito de luz y de sol que brille entre las sombras de todas las almas y de todos los odios. Haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien. Que al morir no puedan decir de ti que pasaste por el mundo sin haber hecho nada...

* * *

Se ha dicho que «un santo triste es un triste santo», ¡y cuán cierto es...! A veces se cree que para cambiar de vida es necesario arrugar la frente y matar las sonrisas y las alegrías del espíritu, y en eso no está la conversión. En esto está la equivocación...

* * *

Quien trabaja por elevarse, por ir por la senda de la virtud, no puede estar triste... La tristeza no es flor que nace en los caminos de amor...

* * *

La alegría envuelve siempre las conciencias de los que viven la vida de la elevación... Es la luz de sus almas. Todo les convida a sonreír. Hasta la florecilla más pequeña les es motivo de satisfacción... Dios llena con la alegría de su gracia y de sus sonrisas todas las cosas. ¿Por qué entonces estar triste cuando todo canta en rededor...?

* * *

Sé tú como los cielos diáfanos, azules, e irradia a tu alrededor toda la alegría y el encanto de tu vida... La alegría atrae, engendra, simpatía, entusiasmos, y despierta idealidad... Los cielos nublados ponen nubes en las almas...

* * *

La tristeza en un convertido es un triste contrasentido... Va derecho al fracaso... «La tristeza, dice

el Espíritu Santo, *daña al corazón, como la polilla al vestido y la carcoma a la madera*» (Prov. 25, 20).

* * *

Pero cuidado, que «la alegría no está en las bromas continuas ni en los chistes que provocan carcajadas, ni en el ruido, ni en la falta de los deberes... La verdadera alegría está en la serenidad habitual».

Habitúate a ser alegre con la alegría del alma y «no quieras nunca estar triste, que es pecado estar triste» (*Caminos de elevación*, Luis de Actis).

2. Ejemplo digno de imitar

Cierto día el dueño de un servicio de gasolina atendió muy afablemente a un señor que se paró ante él con su elegante coche, pidiéndole la gasolina necesaria para continuar su viaje. Además de suministrarla, le dio cuanto necesitaba para unas reparaciones. Al ir a hacerle la cuenta, le cobró solamente la gasolina, y lo demás, que importaba más de 200 pesetas, no quiso cobrárselo.

Confundido el viajero por tanta afabilidad y atenciones sinceras, pareciéndole una conducta extraña, le preguntó la causa, y oyó de sus labios esta respuesta: «Mire usted, ayer me porté muy mal y bruscamente con otro señor, y reconocida mi falta de atención, me propuse que, por cada falta de estas de cortesía y afabilidad, le prestaría gratis parte de mis servicios a los tres primeros que se acercaran a mí este día, y usted es uno de ellos.»

* * *

Imita tú este ejemplo. Haz de tu parte lo posible por vivir siempre alegre. Vécete. Esfuézzate un poco porque todos te vean sonreír. No amargues la vida a nadie. Sé afable con todos, y ten presente que si haces todos los días algo que te cueste por vencer tu carácter al igual que el señor del ejemplo citado, terminarás por enmendarte.

Esfuérzate un poco cada día por sembrar el bien a tu alrededor, siendo afable y bondadoso con todos, devolviendo bien por mal, orando por los que te persiguen y calumnian, a semejanza de Jesucristo, cuyo ejemplo y doctrina admirables hallamos consignados en su Evangelio, y no dudes que de este modo serás feliz y contribuirás a hacer felices a los demás.

3. La alegría, su origen

¿Qué es la alegría? *Santo Tomás de Aquino* dice que es un acto o un efecto de la caridad. Pero sin duda es algo más, pues bien podemos considerarla como una virtud, y virtud sublime, por cuanto nos dispone a obrar el bien, haciéndonos más atentos para con Dios, más amable para con el prójimo, más pacientes para con nosotros mismos.

* * *

La alegría no es placer o satisfacción que procede de los sentidos, sino más bien una satisfacción moral. La alegría es más duradera que el placer: es el contentamiento del alma, la expansión de todas nuestras facultades más nobles. «Si hay en el mundo alguna alegría, dice Kempis, ésta pertenece a los corazones puros, a las almas libres.»

* * *

La alegría nació en el Paraíso terrenal. «¡Qué grande era!, pero ¡qué breve fue!» Nuestros primeros padres vivían revestidos de la belleza de la gracia que emana de Dios, llenos de paz, de felicidad y dicha incomparable; pero pecaron, y «desde el pecado, escribe Bossuet, Dios quiso retirar todo lo que había derramado como sólido contentamiento en la tierra, y esta gotita de alegría que nos ha quedado para hacer soportable la vida no es capaz de satisfacer a un espíritu sólido».

* * *

¿Cuál es ahora el origen de la verdadera alegría? La verdadera alegría, que es la alegría cristiana, nace de la gracia y de la voluntad del hombre. La alegría es un don de Dios, que acompaña a nuestra alma al nacer a la vida de la gracia. Supuesto el estado de la divina gracia en nosotros, la alegría, por lo general, es el resultado del esfuerzo, o sea, de la violencia que nos imponemos por cumplir con el prójimo nuestros deberes de caridad y de soportarnos a nosotros mismos.

* * *

Como hombres que somos, venimos de Dios y vamos a Dios. Dios nos ha dado el ser y la vida y nos ha hecho para Él. Por consiguiente, cuanto más estamos unidos a Dios, que es la fuente de toda alegría y de toda felicidad, más lo poseeremos y mayor alegría experimentaremos. De aquí que la verdadera alegría reine en el interior de nuestra alma en gracia y que la experimentemos, aunque por otra parte nos hallemos desposeídos, de los bienes exteriores, como son la salud, las riquezas, la buena reputación, etc.

«Las almas más alegres, decía San Francisco de Sales, son las más amadas de Dios» y «yo no sé cómo las que se han dado a Dios no están siempre gozosas... Yo quisiera que todos estuviéramos siempre cantando en todas partes.»

4. Siempre alegres

El bello ideal de un cristiano, en su caminar hacia Dios, debe ser éste: el vivir siempre alegre: *Semper gaudete* (1 Tes. 5, 16). Esta es la recomendación frecuente del Apóstol San Pablo.

* * *

«La alegría es con relación a la vida lo que el aceite respecto de la lámpara.» Cuando empieza a faltar el aceite, la mecha se consume, produce un vapor negro, difunde una luz rojiza que no alumbra.

También la vida, sin un poco de alegría, se gasta sin provecho y difunde en torno de ella la postración y la tristeza (M. S.).

* * *

Si cada mañana, merced a una oración sencilla y resignada, gracias a ese cuartito de hora de meditación, que sólo nos parece difícil cuando no la hacemos, abrimos nuestro corazón a Dios como abrimos nuestra ventana al sol y al aire, nos concederá Dios *la alegría* dulce y tranquila que eleva al alma, que impide por lo menos que experimente el peso del dolor y la obliga a sentir la necesidad de hacer el bien.

Nunca somos tan buenos como cuando nuestro corazón está alegre (M. S.).

La alegría no es la risa, ni tampoco las agudezas, ni menos las réplicas..., es la *serenidad habitual*. Esta frase dice mucho, y lo dice muy bien. La atmósfera serena siempre permite ver el cielo; es más *ligera*, y parece como que *levanta de la tierra* los cuerpos a los cuales llena.

El cielo sereno es siempre puro... Pueden velarlo algunas nubes pasajeras, pero no lo manchan. Lo mismo sucede con el corazón que por la mañana se ha abierto a la alegría de Dios (S. M.).

* * *

Aunque la felicidad perfecta no se encuentra en esta vida, podemos vivir siempre alegres si curamos las heridas de nuestra conciencia y la guardamos pura y sin mancha al igual de los santos. Los santos, cada uno dentro de su peculiar estilo han sido todos alegres y en ellos se ha reflejado la bondad de nuestro Dios.

5. Dos clases de alegría

La alegría a que nos exhorta Dios Nuestro Señor constantemente por medio del apóstol San Pablo, al decirnos: «*Estad siempre gozosos*», «*Alegraos siempre en el Señor, os lo repito, vivid alegres*» (Fil. 4, 4), es la alegría buena, la alegría espiritual, la alegría «en el Señor». Esta es una alegría sana que lleva paz al alma, que regocija al corazón y supera todo encarcamiento, paz que los impíos no conocen y que Dios da solamente a los que le sirven cumpliendo su santa ley.

A esta alegría santa se opone la alegría del mundo, alegría falsa que es incapaz de saciar a un alma destinada para Dios. De esta alegría falsa y vana nos dice el Eclesiastés (2, 2): «*He visto que la risa es engaño y he dicho a la alegría: ¿Por qué me seduces en vano?*». De esta risa del mundo dicen los Proverbios (14, 12) que «*está mezclada con dolor y todos sus goces acaban en lágrimas*».

* * *

La alegría verdadera no es la alegría del siglo, no son los goces del mundo, ni los honores o bienes de la tierra..., otras tantas ilusiones que ciegan y se convierten muchas veces en irreparables errores...

La alegría del mundo termina en llanto y en pesar, pues nunca da paz ni descanso; es alegría pasajera y vana.

* * *

La alegría que recomienda el apóstol al decirnos: *Vivid siempre alegres*, es muy distinta, es una alegría espiritual, estable, propia y exclusiva de las almas que viven en gracia de Dios.

* * *

La alegría estable, la que nadie nos puede quitar, ni los acontecimientos adversos de este mundo, es la alegría *en Dios*, «fuente de toda consolación».

* * *

Esta alegría «en Dios», que tanto recomienda el apóstol, es una alegría inmutable y tan grande, que solamente ella llena el corazón. Esta alegría es la que debe impregnar el alma y todos los actos de nuestra vida.

6. Dos clases de tristeza

Lo mismo que hay dos clases de alegría, una buena y otra mala, así hay dos clases de tristeza: una buena, que es la que obra la penitencia, la que viene a convertirse en alegre gozo, pues nace de la buena conciencia, de la detestación del pecado. ¡Que hermosas son las lágrimas del arrepentimiento! *Beati qui lugent... Bienaventurados los que lloran...*

Esta tristeza bien podemos llamarla a su vez alegre, por cuanto termina convirtiéndose en gozo (Jo. 11, 20).

* * *

Más hay otra tristeza que tiene su asiento en corazones depravados, tristeza enfermiza, la cual nace del desaliento, del abatimiento del alma, de las pasiones, en especial de la concupiscencia y del apego a los bienes de la tierra.

* * *

Todo cristiano debe combatir esta tristeza, porque viene a ser, según el dicho del Espíritu Santo, «*lo que la polilla para el vestido y el gusano para la madera*» (Prov. 25, 20).

Hablando de ella San Juan Crisóstomo, dice «que

es más perniciosa que todas las emboscadas del demonio. Si vencéis la tristeza, nada puede ya contra vosotros».

«Echa lejos de ti la tristeza. Porque a muchos mató la tristeza y no hay utilidad en ella» (Ecle. 30, 24).

La tristeza del cristiano es la alegría del demonio.

7. ¿Cómo estar alegres?

Hermosa doctrina ésta. ¿Quién no anhela vivir siempre alegre? Pero dirá, sin duda, alguno: ¿no es éste un precepto imposible de cumplir? ¿Cómo podré vivir yo siempre alegre, según recomienda el apóstol, ante tantas desgracias, muertes y contratiempos familiares que me sobrevienen a cada paso?

* * *

Quienes así hablan suelen ser los que están apegados a la tierra y a los placeres de este mundo y por eso no conocen la naturaleza de la verdadera alegría. Por esto ha dicho S. S. Pío XII que muchos marchan en este mundo «a través de la vida terrena, con los ojos y el corazón fijos en la tierra, sin una mirada a lo alto, sin ideal y sin alegría».

* * *

Hemos de confesar que «tan necia cosa sería pretender no sufrir como pretender no morir» (Gar-Mar); pero en medio de nuestros sufrimientos podemos vivir alegres, porque «Dios es la causa de esta alegría desconocida para la Naturaleza».

La verdadera alegría nace de la buena conciencia y de la unión con Dios mediante la vida de la gracia, o sea, de ese conformarse en todo con la voluntad divina, por lo que un buen cristiano ve todos los acontecimientos de esta vida, prósperos o adversos, como venidos de las manos de Dios y dispuestos por su Providencia, bien para purificarnos o bien para probarnos y así santificarnos en este valle de lágrimas.

* * *

¡Qué hermoso es ver a Dios en todo! «Yo, dice un súbdito lamentándose, podría vivir siempre alegre, ser más feliz que nadie (si alguien puede serlo); todo me resulta bastante bien; ninguna inquietud tendría para el porvenir; pero... (siempre hay un pero), pero mi Superior es tan difícil de contentar, que nada encuentra bien hecho; hoy quiere blanco, mañana, negro; imposible darle gusto. Después de todo esto, ¿qué medio encontrar para ser feliz? El medio, amigo mío, ya está encontrado. Ved a Dios en todo (M. S.).

* * *

Ved al mismo Dios en la persona del Superior, Dios, que prueba hoy vuestra paciencia porque quiere más tarde coronarla; Dios, que os castiga porque os ama; Dios, que os hace pasar vuestro purgatorio en este mundo; Dios, que os trata como trataría al mejor de sus amigos, no economizándoos ni humillaciones ni cruces. ¿No es excelente la suerte que os toca? ¿Y no debíais regocijaros en medio de las tribulaciones, como hacían los apóstoles?

* * *

Nunca está usted de mal humor —decían a una mujer, cuyas desgracias eran notorias, «—¿Por ventura no siente usted las injusticias de los hombres ni las durezas de la suerte? —Las siento tanto como usted —respondió—, pero no me lastiman. —¿Es que posee un bálsamo especial? —Sí; contra las contradicciones de las personas, tengo el *afecto*; contra las de las cosas, *la oración*, y sobre cada una de las *heridas que sangran*, pronuncio estas palabras: «Dios lo quiere» (M. S.).

* * *

«Si pudiéramos ver siempre la santísima y adorable voluntad de Dios, aprobarla, adherirnos siempre a ella y cumplirla con amor y fidelidad, esta voluntad divina transformaría muy pronto la faz de la tierra, la santidad florecería por todas partes, reinaría la alegría en los corazones, la caridad y la paz en las familias y en las naciones» (Dom Vital Lehodey).

* * *

Santa Teresita del Niño Jesús decía: «Quiero sufrir por amor y hasta gozar por amor». Amo tanto a Dios, que siempre me hallo contenta de lo que me envía... Lo que Él hace, eso es lo que yo amo... Dios mío, me colmáis de gozo por todo cuanto hacéis.

*Mi cielo es sonreír —al Dios que reverencio cuando quiere ocultarse— para probar mi fe.
Mi cielo es sonreír —esperando en silencio que me mire otra vez.*

El canto es la expresión del amor.

Las almas que viven en gracia de Dios, ancladas, por decirlo así, en Él, y que tienen presente el fin para el que fueron creadas, procuran en todo momento levantar su mirada de la tierra al cielo, y éstas son las que comprenden esta recomendación del apóstol: *Vivid siempre alegres.*

8. Motivos para estar alegres: la unión con Dios

He aquí el principal motivo por el cual el cristiano debe vivir alegre. La íntima unión del alma con Dios, Sumo Bien, hace que nunca el sufrimiento ni el llanto puedan llegar a la parte inteligente del alma... El apóstol San Pablo, viviendo, no la vida corporal y terrena, sino la vida de Cristo, al que tenía dentro de sí (Gal. 2, 20), invita al gozo continuo y sin interrupción, no a cualquiera, sino al que es semejante a él.

* * *

El gran *San Basilio*, tan magnífico y profundo en su doctrina sobre la alegría cristiana, nos dice: «Las afrentas, los males, las desgracias y la muerte de los seres queridos, jamás llegarán al alma, ni la abitarán hasta el punto de que se conmueva por el sentimiento de las cosas presentes... El alma que está poseída del deseo del Creador y se ha acostumbrado a deleitarse y recrearse en su divina hermosura, jamás perderá aquel gozo inefable y delicias sin fin por esta variada multitud de afectos carnales; por el contrario, encontrará mayor dicha en aquella que molesta a los demás».

«Así el apóstol San Pablo, que, alegrándose en

medio de las enfermedades, de las angustias, de las persecuciones, de las calamidades, conceptuaba la pobreza como una gloria (2 Cor. 12, 9-10), y cuando era afligido por el hambre, por la sed, por el frío, por la desnudez, por las persecuciones... (2 Cor. 11, 27), por todo lo que hace a otros aborrecerse a sí mismos y aun odiar la vida, él se regocijaba en ellos».

* * *

«Si veis a buenos cristianos sufrir mucho sobre la tierra, en lugar de escandalizaros como las gentes de poca fe, bendecid más bien a Dios, que les hace pagar sus pequeñas deudas en moneda de poco valor, cuando podía, en justicia, exigir un día grandes billetes de Banco, que no tienen curso más que en las llamas del Purgatorio» (Mons. de Segur).

* * *

«Nadie más felices en el mundo que los que conservan la paz del alma en medio de las penas de la vida. Ellos gustan la alegría de los hijos de Dios. Todas las penas son dulces cuando se sufren en unión con nuestro Señor. Sufrir..., ¡qué importa! No dura más que un momento. Si pudiéramos ir a pasar ocho días en la gloria, comprenderíamos el precio de este momento de sufrimiento. No encontraríamos cruz bastante pesada ni pena bastante amarga» (Señor Cura de Ars).

* * *

«¡Oh qué dulzura experimentan las almas que se entregan por completo a Dios en los sufrimientos! Esto es como un agua en la que se echa mucho acei-

te; el vinagre siempre es vinagre, pero el aceite corrige la amargura hasta el punto de que apenas se la siente...

Sólo es desgraciado el que no ama a Dios» (Santo Cura de Ars).

* * *

«¡Qué alegría, Señor! Mándame lo que sea, flores o espinas, ¿qué más da? No me he de detener a mirar nada, porque con mirarte a Ti tengo bastante; llenas de tal manera, amas de tal modo, que todo ante Ti desaparece y quedamos en nada... ¡Qué alegría, Señor, el poder verte a Ti y el no vernos a nosotros!... Qué más da flores o espinas si eres Tú el que las das, el que nos las llevas y el que nos las quitas. Nosotros no hacemos nada, pues nada sabemos hacer...» (Hermano M.^a Rafael, Cisterciense).

* * *

«Sólo en Dios encuentro lo que busco, y lo encuentro en tanta abundancia, que no me importa no hallar en los hombres aquello que algún día fue mi ilusión; ilusión que ya pasó suavemente sin darme cuenta; el Señor me lo hizo ver; ahora ¡qué feliz soy!

«¿Qué buscas en los hombres? —me dice—, ¿qué buscas en la tierra?, ¿qué paz es la que deseas?...»

Dios para mí lo es todo; en todo está y en todo lo veo... Verdaderamente, todo es vanidad; sólo Tú eres lo que debe ocupar mi vida, sólo Tú llenar mi corazón, sólo Tú mi único pensamiento, DIOS..., sólo Dios (Hno. Rafael).

9. La esperanza de los bienes eternos

He aquí otro motivo que hace que el cristiano viva siempre alegre. Así como los que viven para las cosas de esta vida y no tienen el ideal de la virtud, ni ponen su esperanza en el cielo, deben ser considerados dignos de lástima y «Dignos de ser llorados por quienes tengan juicio, como dice el mismo *San Basilio*, así, por el contrario, son dichosos verdaderamente los que por la esperanza de la vida eterna soportan la presente y cambian los bienes temporales por los eternos. Porque, aunque se encuentren en medio de las llamas los que están unidos a Dios, como los tres jóvenes del horno de Babilonia..., los veremos felices, y es preciso que vivan gozosos, sin dolerse de los males presentes los que se alegran con la esperanza de aquellos bienes sin fin que les están prometidos para la otra vida».

* * *

«El atleta valiente, una vez desnudo para luchar en el estadio de la piedad, debe sufrir con valor los golpes que den los contrarios, con la esperanza de la gloria del premio. Todos aquellos que en los juegos de gimnasia se han acostumbrado a las fatigas de la lucha, jamás desmayan por el dolor de los golpes; antes, despreciando los malos presentes por el deseo del triunfo, atacan de cerca a sus adversarios. De la misma manera, aunque le acontezca algo desagradable, el virtuoso varón no por eso pierde su gozo. Porque *«la tribulación produce la paciencia; la paciencia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza y la esperanza no quedará confundida»* ((Rom. 5, 3).

«Por eso se nos prescribe por el mismo San Pablo en otro lugar que seamos *pacientes en las tribulaciones y que nos alegremos con la esperanza* (Rom. 12, 12). La esperanza, pues, es la que hace que el gozo sea inmutable en el ánimo del varón bueno y virtuoso.»

* * *

El que vive bien, siempre alegre, y aún más si sufre por amor y por la esperanza del premio que Dios tiene prometido a los que le sirven y le aman en esta vida, pues «*las penas de la vida presente no son nada en comparación de la gloria que se nos promete*» (Rom. 8, 18). «*Las aflicciones tan cortas y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria*» (2 Cor. 4, 17), llena de una felicidad interminable y de una alegría eterna, sin mezcla de la menor tristeza.

* * *

«Tenemos que esperar, y tenemos que esperar con fe, con paciencia y, sobre todo, con alegría..., con verdadera alegría... Dios lo quiere así. Mira, a veces, siento *santa alegría de vivir*... ¿Sabes por qué? Porque vivo para Dios y en Dios» (Hno. Rafael).

* * *

«Día llegará en el que gocemos plenamente de esa alegría sin mancha, de amor sin escándalo, de frutos sin temor, de vida sin muerte. Pero ¿y ahora? ¿Cómo podremos alabar a Dios en medio de la tristeza? No sigas: «Ciertamente disfrutamos de un gran gozo pre-

guntando en este mundo la esperanza de la vida futura, que nos saciará totalmente.»

* * *

«Hasta que llegue ese momento viviremos como un lirio entre espinas, sufriendo persecución de los mismos nuestros. Aunque te refugiaras en la paz de un monasterio, sabrías que aquello no es más que un puerto, en el que, si no se tropieza con escollos, se puede tropezar con las naves vecinas. ¿Cuál es, pues, la solución? Amense las naves que se reúnen en el mismo puerto y procuren no chocar unas contra otras. Consérvese la igualdad y la caridad constante» (San Agustín).

* * *

«*Servid al Señor con alegría.*» Toda servidumbre es amarga, menos la de Dios, que es la servidumbre del amor, a la que Cristo nos sujetó con la redención. Servidumbre que es libertad, porque *vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad* (Gal. 5, 13). La caridad nos convierte en esclavos de Cristo, y entonces Él, con su verdad, nos hace libres: *La verdad os hará libres* (Jo. 8, 31). Serás siervo y libre al mismo tiempo. Siervo, porque eres criatura, y libre, porque te ama el Creador. Y aún puedo añadir otra razón: porque le amas tú a Él» (San Agustín).

* * *

«*Vivid alegres con la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración*» (Rom. 12, 12). «*Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa...*» (Mt. 5, 12).

10. No hay verdadera alegría sin Dios

El mundo se alegrará. Pero con su alegría engañadora e inconstante, porque escrito está que *el mundo pasa* (1 Jo. 2, 17). Desprecia, pues, la felicidad de los malos, de los que viven en pecado y alejados de Dios, porque su felicidad está muy lejos de la alegría pura, sencilla y natural. «La madre del libertinaje —dijo Nietzsche— no es la alegría, sino su carencia.»

* * *

La pasión más llena de engaño es la alegría mundana, la alegría del pecador. *Dije de la risa: Es locura* (Ecl. 2, 2).

Después del pecado, dice Bossuet, Dios retiró sus favores de la tierra, y, siendo tan pequeña la gota de alegría que dejó en ella, es incapaz de saciar a un alma destinada a Dios. Él la ha despreciado hasta el punto de abandonársela al mundo: *Mundus autem gaudebit* (Jo. 16, 20).

* * *

Una joven, cuando iba por los caminos del mundo y del pecado, se paró a meditar y dijo: «Tengo oro, autos, joyas..., cuanto se puede ambicionar para ser feliz..., y, sin embargo, soy la más desgraciada de las mujeres.» Vuelta luego a Dios y limpiada su conciencia por una fervorosa confesión de sus pecados y arrepentida de su mala vida pasada, exclamó: «Nunca he sido tan feliz como desde el día en que encontré a mi Dios» (Eva Lavalière). Dios, pues, es el centro de la felicidad y de la alegría verdadera. (Véase mi libro «*De pecadores a santos*».)

«La causa de la desaparición de la verdadera alegría es el *espíritu irreligioso y anticristiano de la época*. La fe es la única que da contento a los hombres, mientras que la duda engendra tristeza, y la incredulidad, desgracia. El mismo Strauss lo confesaba. Sin conciencia pura no hay alegría. Este gran impostor ofrece descubrir nuevos mundos de alegría dando carta blanca a los apetitos, pero sólo lleva al hastío, al desequilibrio, a la locura. La solución consiste en volver al espíritu de Cristo» (Von Keppler).

* * *

Anatole France, que vivió mal, dijo cierto día a un amigo suyo: «Si pudieras echar una mirada a mi corazón, te espantarías. Soy un desgraciado. Nunca he sabido en qué consiste la felicidad.» Los goces del mundo, el placer impuro, jamás proporcionarán al alma paz y alegría. La verdadera felicidad no existe fuera de Dios. La verdadera alegría nace de corazones puros. La causa de la incredulidad y de la alegría engañosa y falsa nace de corazones corrompidos.

* * *

Los escritores paganizantes han calumniado a Cristo de ser triste... Cierto es que el inmediato sentimiento al ver un crucificado no es de alegría... pero no se piensa que la cruz proporciona felicidad y alegría por ser causa de la salvación de nuestras almas. «La cruz se convierte en signo de victoria, e igualmente ocurre con la crucifixión del cristiano. *Que tome su cruz y me siga* (Luc. 9, 23). *Que los que son de Cristo crucifiquen su propia carne con sus vicios y concupiscencias*» (Gal. 5, 4; Rom. 6, 6). Preceptos

éstos que parecen excluir la alegría, pero lo que excluyen en realidad es el pecado, causa de la tristeza.

* * *

«Sólo Dios es la verdadera y completa alegría del corazón; sólo Él llena el corazón del hombre y del Ángel» (S. Agustín).

* * *

«Dios sólo puede consolar. Cuando el corazón está triste pesa tanto, que no le bastan los consuelos humanos. ¡Oh, qué bien ha dicho Jesús: «*Venid a Mí todos los que lloráis y estáis cargados.*» Únicamente allí, en el seno de Dios, es donde se puede llorar y descargarse» (Eug. de Guérin).

11. Alegraos en el Señor

Lo hemos dicho ya. La verdadera alegría se halla en el Señor. «*Regocijáos sin tregua en el Señor*, dice el apóstol Pablo, *os lo repito, regocijaos*» (Phil. 4, 4). «*Alegraos en el Señor*, dice el Real Profeta, *y os concederá todo lo que vuestro corazón le pida*» (36, 4). «*Justos, alegraos en el Señor*» (Sal. 96, 10).

«Regocijaos, dice San Anselmo, no en el siglo, sino en el Señor; porque así como nadie puede servir a dos amos, nadie puede tampoco alegrarse en el Señor y en el siglo. Estas dos alegrías están opuestas como la noche y el día.»

* * *

La alegría que debe tener el cristiano, no es la alegría según el sentido de la naturaleza, porque nosotros sentimos dolor en la tribulación, sino que aquella alegría es conforme a la razón, ilustrada y fortificada por la fe y la gracia...

* * *

La alegría espiritual es un gusto anticipado del cielo. Lejos de mí, Señor, dice *San Agustín*, lejos de mi corazón creerme feliz, por más alegría que experimente fuera de Vos; pero haced que experimente esa alegría que el impío no conoce y que dais a los que os sirven. Vos mismo sois esta alegría, y el alegrarnos cerca de Vos, en Vos y por Vos, constituye la vida bienaventurada; ésa es la verdadera alegría, y no hay otra.

* * *

La única y verdadera alegría es la que se halla en el Creador, no la que está en la criatura; cuando la poseemos nadie puede arrebatárnosla; al lado suyo toda alegría es tristeza, toda dulzura es amargura, toda hermosura fealdad y, en fin, todo lo que puede regocijar, fuera de Dios, es penoso.

* * *

La perfecta alegría, añade *San Agustín*, no viene de la tierra, sino del cielo; no procede de este lugar de lágrimas, sino de la ciudad de Dios, embriagada por un río de vida.

* * *

La alegría en Dios, dice *San Juan Crisóstomo*, es la única que no puede arrebatársenos; todas las demás alegrías son variables y pasajeras; pero el que se alegra en Dios, se adhiere al mismo principio de todo deleite puro, al manantial de la verdadera alegría. Las demás alegrías no nos alegran de tal manera que puedan ahuyentar la tristeza y el enojo; al contrario, son causa y origen de pesares. Pero la alegría en Dios es estable, inmutable, y tan grande, que llena el corazón.

El verdadero cristiano sólo en Dios halla el descanso y la paz; así, pues, allí están exclusivamente las verdaderas alegrías. Las alegrías del mundo, las alegrías que proporcionan las pasiones, ¿dan acaso paz y descanso? Nunca; sólo nos proporcionan disturbios y remordimientos... El que quiera hallar la alegría en sí mismo, añada *San Agustín*, estará triste; pero el que busque en Dios su alegría, estará siempre alegre ...Sólo Dios es la verdadera y completa alegría del corazón.

12. ¿En dónde más se halla la verdadera alegría?

La alegría la hallaremos en segundo lugar, en una vida sana. ¿Queréis, dice *San Bernardo*, no estar nunca tristes? Vivid santamente. Una vida pura siempre goza de alegría, mientras la conciencia del culpable está siempre sumergida en el pesar.

* * *

«Tened buena conciencia, dice *Kempis*, y siempre tendréis alegría.» Vive, pues, siempre con el alma limpia de pecado. La raíz de la alegría espiritual es la gracia divina.

«Un mal cristiano entró por casualidad en una iglesia, y fuertemente impresionado por el sermón que oyó, pidió en seguida un sacerdote para confesarse. Alejado de Dios desde hacía más de veinte años, había buscado inútilmente la felicidad en las criaturas, y había llegado a persuadirse de que el hombre aquí, en la tierra, está perseguido por un mal genio, cuya ocupación es hacer sufrir. Cuando terminó se sintió de tal manera aliviado y con el corazón tan a gusto que le parecía que no era el mismo.» «¡Ah —exclamaba al salir de la iglesia—, nunca hubiera creído que era tan fácil ser feliz.»

«¡Cosa admirable! La religión cristiana, que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace también nuestra felicidad en ésta» (Montesquieu).

* * *

¿Qué más rico, dice *San Bernardo*, qué más dulce para el corazón, qué más tranquilo, alegre y seguro en la tierra que una recta conciencia? No teme la pérdida de los bienes, ni las reprimendas, ni los sufrimientos; lejos de asustarle la muerte, le colma de regocijo.

* * *

«La conciencia de una recta voluntad, dijo *Cicerón*, es el mayor de los consuelos en medio de las penas de la vida.» Y *Séneca*, escribiendo a *Lucinio*, dice: «Quiero que estés siempre contento. Pero me dirás: ¿En dónde he de hallar este contento, este gozo verdadero y constante? En una buena conciencia, en buenos consejos y buenas acciones, en el desprecio de lo que pasa y en la conducta irreprochable.»

Aprendamos de ahí que las buenas acciones proporcionan la alegría» (A Lápide).

* * *

«Para vivir alegre y ser feliz no se necesita ni mucha ciencia ni mucho talento: basta solamente tener *verdadera voluntad de cumplir con el deber.*» La felicidad, en la medida que puede existir en este mundo, reside en la paz y en la buena conciencia. Nuestra conciencia está gozosa y pacífica si no siente remordimientos, y no los sentirá si ponemos gran cuidado en no ofender a Dios.

«Huir del pecado: he aquí el principio de la felicidad sobre la tierra. Que nuestra conciencia sea pura y nuestra vida será alegre y feliz. No hay hombres más alegres y felices que los santos, pero tampoco los hay más buenos e inocentes». El gran enemigo de la alegría es el pecado. Todos los santos son alegres porque viven en gracia de Dios.

13. Temor santo de Dios... mortificación de los sentidos...

La alegría se encuentra también en el temor santo de Dios: «El temor del Señor es la alegría y el triunfo, y un manantial de alegría y una corona de regocijo. El temor del Señor alegrará el corazón; le dará gozo y alegría, y también largos días. El que teme al Señor le espera alegría en el fin de su vida y bendición en el día de su muerte» (Eclo. 1, 11-13). ¡Dichosos los que temen ofender al Señor y le aman!

* * *

Además, ¿quién no ha experimentado la alegría en la mortificación de los sentidos? Si renunciáis a los placeres de los sentidos, Dios os dará delicias mucho mayores. En vez de placeres carnales, Dios os reserva placeres espirituales y alegrías eternas en vez de alegrías temporales, y placeres divinos en vez de placeres humanos. El profeta David, que había experimentado aquellas delicias, decía: *Mi alma rehusaba los consuelos de la tierra; me acordaba del Señor, y su memoria me deleitaba.* Porque así que se conoce y gustan las alegrías espirituales, se halla insípido e insufrible todo lo que pertenece a la carne.

* * *

«En sentido cristiano, saber ser feliz no es arreglar la vida de manera que se goce lo posible sin inquietarse por nada. Este es el sistema de los egoístas, y la verdadera virtud consiste en estar desasido de todo. Ser feliz es sacudir las tristezas perjudiciales y las vanas inquietudes; es dominar las pasiones que nos tiranizan» (P. Marchal).

* * *

La alegría también se halla en las lágrimas del arrepentimiento. Una sola lágrima derramada por los pecados pasados encierra más dulzura que todos los placeres del mundo y de la carne reunidos... (A Lálide).

* * *

La felicidad es una cosa del alma y no del cuerpo. Su origen está en el sacrificio, no en el goce (P. Lacombe).

Finalmente, ¿quién no halla a su vez la alegría en los consoladores pensamientos del cielo, de Jesucristo, de los beneficios de Dios, de su presencia, de su morada y cooperación en nosotros, de la Santísima Virgen, de los Santos...? Meditémoslos...

14. La alegría en la práctica de la virtud de la fe y de la esperanza

Cree en Dios y en su Providencia y tendrás una fuente inagotable de dicha. Con la fe nuestra vida es pura, alegre, tranquila, santa y dichosa. «*El justo vive de la fe*» (Heb. 10, 38). Así, pues, es necesaria la fe para ser justo; es necesaria para vivir y para vivir alegremente, pues ella es consuelo de nuestra vida y fundamento de nuestra esperanza bienaventurada.

* * *

Espera en Dios... La buena conciencia, dice *San Agustín*, consiste enteramente en la esperanza, y la esperanza es el fundamento de la alegría. Mediante ella nos unimos a Dios como a nuestra felicidad. Esperemos, pues, en el premio eterno prometido: «*Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos*» (Mt. 5, 12). Por la esperanza, el hombre busca el único Bien que le puede saciar.

* * *

La virtud de la esperanza, dice Santo Tomás, tiene un doble objeto: el bien que se espera y el auxilio

de Dios con que se cuenta. Así como el enfermo que se cree incurable es psicológicamente otro el día que la ciencia le infunde la certeza plena de su próxima y total salud, así también el cristiano vive lleno de alegría y es otro espiritualmente por el aumento de la fe, o sea, por la certeza del premio eterno que le espera, en cuya comparación todas las pruebas de esta vida y todo sufrimiento, por grande que parezca, es breve y llevadero.

* * *

La esperanza nos hace gozar anticipadamente del bien. La esperanza alegra la vida. El joven de alma y de corazón sanos es alegre, principalmente, por las esperanzas humanas, que, por desgracia, muchas veces no son más que alusiones. Las conversaciones más íntimas suelen ser del bien que espera: amores, triunfos académicos, honores, riquezas, sacrificios, entrega al ideal... Mas ¿qué es esta esperanza que defrauda y pasa y además es vana, en comparación de la esperanza sobrenatural?

* * *

Sin embargo, sí hemos de decir que el que vive la esperanza sobrenatural, por ser más real y más cierta que ninguna de las esperanzas humanas, por ser menos ilusa, hay siempre una mezcla de tristeza y alegría. Esto sucede porque no estamos en el término de la dicha, pues somos viajeros y peregrinos; no estamos en la Patria; caminamos hacia ella. La esperanza de llegar es la que nos sostiene y estimula, la que nos alienta y vigoriza y nos llena de consuelo. Pero no nos da aquí el descanso definitivo, la paz plena y la alegría incontaminada.

Todos los santos sufrieron y tuvieron conciencia de que había que pasar por la tribulación para ver realizada su esperanza de penetrar en la gloria. San Pablo lo expresó en términos insuperables, y los fundamentos de su esperanza son: El Dios que es Dios de las misericordias y Padre de toda consolación... El testimonio de su buena conciencia... Las oraciones de los fieles por las que espera el favor de Dios...

* * *

Y porque ha sentido la protección de Dios, que no ha permitido que llegaran a su último extremo las tribulaciones, dice: *«En mil maneras somos atribulados, pero no nos abatimos; en perplejidades, no nos desconcertamos; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, no nos anonadamos»* (2 Cor. 4, 8-9).

* * *

En el apóstol San Pablo se halla un gozo rebosante. Hay dos hombres y dos vidas en él. Aparenta una cosa y es otra. En el exterior puede aparecer humillado y vencido, mas en el interior está triunfante y jubiloso: *«Como seductores, aunque veraces; como desconocidos, aunque bien conocidos; como quienes se están muriendo, y ya veis que vivimos; como castigados, aunque no ajusticiados; como entristecidos, aunque regocijados; como pobres, pero que a muchos enriquecen; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseen»* (6, 8-10).

* * *

Tengamos presente que «estamos en el camino que conduce a la Patria». Por eso, como dice el mismo

apóstol, *mientras vivimos estamos entregados a la muerte por amor a Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal* (4, 11). Por eso, a él no le importa trabajar, consumirse y morir, porque sabe *«que el que resucitó al Señor Jesús también a nosotros con Jesús nos resucitará»* (4, 14).

* * *

«No ponemos los ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles... La tienda de nuestra mansión terrena se deshace, pero tenemos de Dios una sólida casa, no hecha por mano de hombres, eterna en los cielos... Andamos peregrinando lejos del Señor. Mas aunque peregrinemos en la tierra con el cuerpo, estamos con el espíritu cerca del Señor. Y ahora estamos cerca, ahora lejos, lo que nos importa es agradarle, porque al fin, todos compareceremos en el tribunal de Cristo» (2 Cor. 5).

«El Consuelo de aquí abajo consiste en la previsión del consuelo futuro.»

15. Alegría en la práctica de la caridad

Amad a Dios, pues, como dice Santo Tomás, el gozo, la verdadera alegría, nace del amor..., de la unión con Dios. Anclada nuestra alma en Dios estable e inmutable, nuestra alegría será estable y eterna. Y esta nuestra alegría conforme a la razón, ilustrada y fortificada por la fe y la gracia, no decaerá ante las tribulaciones y persecuciones corporales y humanas, y esta alegría *nadie nos la podrá quitar*.

* * *

«*La caridad nunca se extingue*», ella permanece eternamente en el cielo y es la que acarrea la alegría y la paz. ¿Por qué no practicarla ahora si es el camino para vivir tranquilos y alegres? A este fin, amemos a Dios y amemos siempre al prójimo, que es la imagen de Dios.

* * *

«La alegría es hija de la caridad, y el grado de ésta marca la medida de aquélla.»

* * *

Tú, oh alma cristiana para practicar la caridad sigue estos consejos: «Sé buena, benévola, sonrío siempre, aun cuando estés sola. Sacude de ti para siempre la grosería, los modales ásperos e incultos. Si te ordenan algo, obedece sin mostrar enojo, ni dar a entender la violencia que tienes que hacerte; así contentarás y estarás contenta. Procura agradar, consolar, alegrar, dar, agradecer, ayudar. ¡Es tan bueno esto!»

* * *

Haz bien a los que te rodean; dirígeles una frase de compasión, una palabra de aliento; ruega por ellos mentalmente. Domina tu aversión y tu antipatía no huyendo de quien se te acerca; por lo contrario, sal a su encuentro; Dios te precede. Acoge con afabilidad al importuno que te pide; Dios te lo envía.

Perdona inmediatamente. ¿Crees que ha habido intención de dañarte? Si es así, ¿no tendrás más mérito?

No te niegues a dar la limosna que te piden, pero cuida de dirigir rectamente tu intención, dando a Dios al dar al pobre. No pienses mal del culpable; compádecele y ruega por él. ¿Por qué suponer intenciones perversas contra ti? ¿No comprender que tal pensamiento te conturba, te desasosiega, daña tu corazón?

* * *

Mata esa sonrisa burlona que está a punto de dibujarse en tus labios, pues, darás un disgusto al que es objeto de ella. ¿Por qué apenas a los demás? Accede a lo que quieren los otros. Si lo haces por caridad, Dios no consentirá que abusen demasiadn de ti.

Lo que quieras que otros hagan contigo, hazlo tú con ellos. Ora, ama, perdona, disculpa a tu prójimo y ve en él la imagen de Dios.

16. La alegría en la virtud de la pureza

La alegría se halla especialmente en la virtud de la pureza. La verdadera alegría nace de los corazones puros, y así dijo Jesucristo: *Bienaventurados los limpios de corazón...* La virtud angélica que habilita a las almas para servir a Dios, sin ningún embarazo de las cosas de este mundo, tiene la ventaja de hacerlas puras, alegres y santas.

* * *

Las almas limpias y puras aparecen como un reflejo sagrado que cautivan y encantan a cuantos las rodean. La castidad es fuente de la alegría y del placer puro, origen de la paz, aumento de la vida y camino para la felicidad y dicha eterna.

«Ser feliz es ser puro: no hay alegría ni felicidad posible sino para los corazones puros. Si vuestra alma está manchada por el pecado, apresuraos a purificarla con una buena confesión y encontraréis la felicidad.

Si una pasión violenta, o una amistad demasiado sensible, o cualquiera otra causa altera la pureza de vuestra alma, no dudéis en hacer un generoso sacrificio: romped con ellas prontamente y para siempre. Sólo a este precio encontraréis la paz» (M. S.).

* * *

La tranquilidad de conciencia y la seguridad de la inocencia, dice *San Ambrosio*, constituyen una vida alegre y bienaventurada. *¡Felices*, exclama el salmista, *las almas inmaculadas en sus caminos, las almas que siguen la ley del Señor!* (Sal. 118, 1). *¡Oh cuán bella es una generación casta con esclarecida virtud. Inmortal es su memoria y llena en honor delante de Dios y de los hombres!* (Sab. 4, 1).

* * *

«Sólo la virtud, aseguraba Séneca, da una alegría perpetua y duradera.» La virtud es la práctica de la ley de Dios, y «alegrarse en las cosas que están según la ley de Dios, dice *San Basilio*, es alegrarse en el Señor, es la verdadera alegría». La pureza, especialmente, es la virtud que alegra y embellece el alma, a la que circunda con su brillante aureola...

17. Alegría y utilidad en la oración

Cuando estés triste ora mucho. Esta es la recomendación del apóstol Santiago: *¿Está triste alguno de vosotros? Entonces que haga oración.* La oración te enseñará no a vivir para el mundo, sino para Dios, centro de nuestra alegría y felicidad.

* * *

Ciertamente existe una verdadera alegría en la oración y en la meditación de cada día. El Señor nos dice por boca del profeta Oseas: *Atraeré esta alma hacia Mí, a la soledad, y allí hablaré a su corazón (2, 14).* Esto es, la hablaré interiormente en su espíritu y en su voluntad, llenaré su corazón de consuelos; le hablaré con un lenguaje lleno de dulzura; satisfaré sus deseos; la traeré hacia mi seno y la acercaré a mi corazón. Le comunicaré mi consolador espíritu... (A. Lápide).

* * *

Dichosas las almas que saben tratar con Dios en la oración. Así decía *Santa Teresa*: Después que he estado un rato con Dios en la oración, luego todo lo del mundo me da asco. Sólo Dios basta. Sólo Dios es la «fuente de toda consolación». ¡Oh, si todos supieran la dicha que proporciona un rato de oración, de trato con Dios, y cuán grande su utilidad, cómo amaríamos al soledad para hablar con Dios!

* * *

Un ministro, el ilustre Cardenal Cisneros, humilde franciscano, sacado de su celda y escogido por la di-

vina Providencia para gobernar una gran nación, dio cita un día en su palacio a los grandes del reino. Hablaban ellos entre sí, se agitaban, se impacientaban de que se les hiciese esperar, cuando de repente el Cardenal abrió la puerta de la estancia en que se hallaba —una celda monástica, que se había reservado para sí en los esplendores de su residencia—, y acercándose a los que allí estaban, díjoles con majestad: «¿Estáis impacientes? Pues bien: yo me hallaba al pie de mi crucifijo; no olvidéis que orar es también gobernar.»

* * *

Cuando he cometido una falta, escribía un alma santa, paréceme que el castigo va a caer sobre mí y, como si pudiera ocultarme a las miradas de Dios, *me estrecho contra mí misma...*; entonces rezo, rezo, y no viniendo el castigo, *me dilato poco a poco*.

El *castigo* es como una piedra que va a aplastarme; la *oración*, como una mano que la retiene, hasta que haya expiado. Oh!, ¿cómo se arreglaban para vivir tranquilos los que no piensan en orar? (M. S.).

* * *

Un religioso, que estaba dando una misión en una parroquia difícil, preguntó al cura si tenía entre sus almas piadosas algún pobre admitido a la comunión frecuente y con cuya piedad pudiera contar. —Hay habitualmente en la puerta de la iglesia una mendiga muy vieja que no sabe más que rezar el rosario: es apacible, sonriente, sumisa a la mano de Dios, que la prueba.

Se le hizo venir.

—Escuche —le dijo el misionero—: entre usted en la iglesia; durante mi sermón colóquese de rodillas junto a un pilar, y mientras dure la plática, rece el rosario a mi intención.

—La misión tuvo un éxito magnífico. No es a mí a quien se debe el éxito —decía el religioso al señor cura, sino a su pobre mendiga; mientras yo hablaba, abría los corazones con sus plegarias y hacía penetrar en ellos mi palabra con la gracia.

* * *

Animo, pues, almas que os sentís oprimidas bajo el peso de vuestra *inutilidad*. Sembrad, sembrad plegarias en torno de las almas, para purificarlas y dejar penetrar la gracia en ellas. Ejerce ese pequeño oficio (que es muy grande y poderoso a los ojos de Dios) de rogar por aquella familia, por aquel enfermo, por la conversión de tal pecador... La semilla divina no puede perderse jamás (M. S.).

18. Maneras de orar de algunos cristianos

Nada hace la vida tan dulce y suave como la oración. Orar es hacer con Dios lo que el niño hace con su madre, el pobre con el rico ávido de hacerle bien, el amigo con el amigo a quien se apresura a mostrarle siempre su afecto... ¿Qué hace un pobre necesitado en presencia de un rico...? Pues, ¿qué he de hacer yo tan pobre, miserable e impotente en presencia de Dios, que es riquísimo en dones y omnipotente? Jesucristo nos dice: «*Todo cuanto pidieres en mi nombre lo obtendrás...*», pero hace falta pedirlo con las debidas condiciones...

He aquí, según Monseñor Sylvain, la manera de rezar los cristianos:

* * *

El descortés. Reza de prisa y corriendo, se aturulla al recitar las fórmulas prescritas, como los chicos en ciertas escuelas. Es un verdadero *lorito* o un sencillo fonógrafo... No le agradaría que se le hablase así. Cuidado amiguito, con lo que dices y con quien hablas.

* * *

El charlatán. Amontona letanías sobre letanías, acumula oración tras oración, se imagina que *cuantas más haya, más valen...* Se parece a los monjes paganos del Tibet, que fijan fórmulas de oraciones en el interior de un molinillo portátil y creen multiplicar así más rápidamente sus invocaciones. Sigue, pues, la recomendación del Salvador: *Al rezar, no afectéis hablar mucho, como los paganos, que se figuran que a fuerza de palabras serán favorablemente oídos. Más vale poco y bien que mucho y mal.*

* * *

El sentimental. Es para él cuestión de temperamento y de impresiones... Necesita *oraciones bonitas*, sobre todo muchas exclamaciones... Echad una mirada a su biblioteca piadosa: todo es superficial. Le recordaré las palabras evangélicas: *No todo aquel que exclame: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos.*

El hipócrita. Sólo va a la iglesia para ver y ser visto, porque la moda lo exige. Aun a veces adquiere aspecto devoto. Sepulcros blanqueados, olvidáis estas palabras de Jesucristo: *Mi casa es casa de oración.*

* * *

El aficionado a hacer gestos. Posturas exageradas, gemidos y suspiros..., frecuente ruido de rosarios y medallas ...Una santa religiosa decía que rezar haciendo visajes y gestos exagerados es, en cierto modo, querer asustar a Dios.

* * *

El complicado. Se inscribe en todas las cofradías, se carga los hombros de escapularios, va siempre en busca de devociones nuevas. Un poco de buen sentido será suficiente. Si en un gran banquete hay platos para los más variados gustos, no están obligados los comensales a comer de todo.

* * *

El supersticioso. Se preocupa demasiado de la intervención diabólica... Siempre al acecho de profecías, sobre todo de las menos auténticas... No reza más que por miedo... Todo lo cree perdido si se le olvida un *avemaría*... Vamos, menos miedo y más valor y confianza en Dios.

* * *

El regañón. No os atreváis a interrumpirle en sus oraciones, pues os recibirá con cajas destempladas.

Olvida que la virtud no consiste en volverse salvaje, y que la caridad está *toda* en la religión. No imitéis a la señora cuyos criados decían: «¡Cuidado..., la señora no está de buen humor; ha ido a comulgar esta mañana!»

* * *

El impaciente. Se irrita contra Dios, como los parroquianos malhumorados que quieren que se les despache antes que a todos. No tienen el hábito de ser pacientes con el prójimo; éste debe obedecer *sin chistar* al menor capricho, y cuando Dios se permite hacer esperar..., se anojan. Es el sacristán que hace advertencias al cura.

* * *

El egoísta. Nunca reza por los demás... En esto como en todo, no piensa más que en sí mismo... Se cree con derecho a que Dios y todos los santos se ocupen en él, en todas las menudencias de su hogar, todas las dificultades de sus negocios, dejando a un lado el mundo entero. Pero, ¿no pensáis en la gloria de Dios, en la Iglesia, en la Patria...? ¿No tenéis alguna idea del *apostolado de la oración*? ¿Borráis de vuestro símbolo la *comunión de los santos*? Tened corazón y católico y dad a tantas almas como la necesitan la limosna de vuestra oración.

El ejemplo de San Pablo es: *Pido ante todas las cosas que se ofrezcan a Dios oraciones por todos los hombres* (1 Tim. 2, 1.).

* * *

El perezoso. No sabe orar por sí mismo... Todas las oraciones las toma de los libros... Olvida que Dios es como la madre que anhela recibir una carta que su hijo ha compuesto y escrito por sí mismo, aunque tengas muchas faltas de ortografía y las frases no sean tan propias como las que antes copiaba... El perezoso olvida también y desatiende los deberes de su estado, a pretexto de cumplir con sus devociones. ¡Por Dios, señora, cuide mejor de su hogar, arregle a sus hijos, vigile la cocina y no haga desesperar a su marido!

* * *

El que no reza. No me encargaré de bosquejar su retrato; escuchad en cambio la siguiente historia: Un libre pensador entró en casa de un aldeano en el momento en que estaba rezando en familia: —¡Vamos!, dijo en tono de mofa, ¿todo el mundo reza aquí? —Perdone usted, contestó el buen hombre; en la cuadra tenemos dos animales que, como usted, no rezan nunca.

* * *

¡Ah, si supieras orar, si te gustara orar, cuán buena, útil, fructuosa y meritoria sería tu vida! ¡Cuánta alegría y dicha proporcionaría la oración a tu alma! *Conviene siempre orar y nunca desfallecer* (Le. 13, 1.).

* * *

Es fácil orar. Tú oras cuando rezas el *Padrenuestro*, cuando recitas con devoción una jaculatoria, verbigracia, decir en el fondo de tu alma: *Jesús mío, os*